

XLIV.

A la puerta del templo, en órden puestas,  
La nueva catecúmena esperaban  
Las Espartanas Vírgenes honestas,  
Que á Elena en hermosura no envidiaban,  
Mucho mas puras que ella y mas modestas.  
Todas recientes palmas tremolaban,  
Las lámparas teniendo prevenidas,  
A las Vírgenes sábias parecidas,

XLV.

Luego que al lugar sacro hubo llegado  
La nupcial comitiva, de repente  
El mas alto silencio fué observado.  
Con su clero el Pontífice enimente  
Sube al trono en el Absis levantado;  
Con paso mesurado y reverente  
Va la turba á sus puestos señalados,  
Los hombres y mugeres separados.

XLVI.

Un coro de cantores, mientras tanto  
Que el pueblo se coloca silencioso,  
Del introito (7) entona el sacro canto.  
Cada uno despues oró en reposo.  
En seguida pronuncia el Pastor santo  
La oracion de la fiesta fervoroso;  
Luego leyó un Lector con grave acento  
En el antiguo y nuevo testamento.

XLVII.

¡Qué contraste á la jóven presentaba  
Ceremonia tan grave y magestuosa  
Con el ruido y tumulto que reinaba  
En la fiesta pagana bulliciosa!  
En medio de las Vírgenes se hallaba  
Poseida de pasmo, silenciosa,  
Sin atrverse á levantar del suelo  
Sus ojos en que brilla luz del cielo:

LXVIII.

Descendiendo el Lector, sube en seguida  
Al púlpito el Pontífice, y declara  
La doctrina en el texto contenida.  
El anuncia la dicha que prepara  
El cielo á una doncella, antes que unida  
Sea á cristiano esposo; y terminára  
Animado de espíritu profético,  
Su discurso del modo mas patético:

XLIX.

“Habitantes de Esparta! ved llegado  
“De nuestra libertad el santo dia,  
“Por todos tanto tiempo deseado.  
“El cielo en su clemencia nos lo envia.  
“Dichoso aquel mortal que siendo hallado  
“Digno de combatir con osadía  
“Por la fé de su Dios, audaz y fuerte,  
“Permanezca constante hasta la muerte.”

L.

“Pueblo fiel, gente santa, en vos contemplo  
“De Mártires los dignos descendientes,  
“Que de constancia dieron claro ejemplo.  
“Imitad sus virtudes eminentes.  
“Quizá la última vez en este templo  
“Mis palabras ois: ¡oh cuán ardientes  
“Mis súplicas dirijo al alto cielo,  
“Porque veros en él tenga el consuelo!”

LI.

Del púlpito Cirilo descendiera,  
Y un Diácono exclama: “Orad hermanos!”  
La asamblea al instante se pusiera  
De pié, vuelta al oriente, y con las manos  
Levantadas al cielo, dirigiera  
Sus preces por los fieles y paganos,  
Los tiranos, enfermos, afligidos,  
Los débiles de amparo destituidos.

LII.

“¡Fuera gentiles, fuera el penitente!”  
Exclama otro Diácono: en seguida  
Todos salen del templo humildemente.  
Séfora de dos viudas asistida  
Viene á buscar la Virgen inocente,  
Que á los piés de Cirilo es conducida.  
El silencio mayor guarda la junta;  
El Pontífice entonces la pregunta:

LIII.

“¿Quién sois?—Yo soy Cimódoce, contesta,  
“Qué pedis á la Iglesia?—La fe santa.—  
“De qué sirve la fe? Qué es lo que os presta?—  
“Presta la vida eterna sacrosanta.—  
“¿Habeis mirado bien vues tra respuesta?  
“¿La cárcel ó la muerte no os espanta?—  
“Yo no temo la cárcel ni la muerte,  
“Yo espero en el Señor benigno y fuerte.”

LIV.

Entonces el Obispo la impusiera  
Las manos; con la cruz marcó su frente,  
Y una palma un Diácono la diera.  
Su rostro con luz brilla tan fulgente  
Como el rostro de un Mártir que á la esfera  
Se remonta de gloria esclareciente.  
Mil coronas la arrojan las doncellas,  
Y á su sitio volvió luego con ellas.

LV.

El sacrificio empieza sacrosanto,  
Un Levita proclama desde el ara:  
“Daos todos de paz ósculo santo.”  
Y el pueblo con afecto se abrazára,  
Recibiendo un Presbítero entre tanto  
Del fiel que á los misterios se acercára  
Los panes, las oblatas, y otros dones  
Que el Obispo colmó de bendiciones,

LVI.

Las lámparas se encienden: el incienso  
Del mas suave aroma se levanta,  
Ocultando el altar entre humo denso.  
El misterio se cumple: la hostia santa  
Se reparte á los fieles con intenso  
Fervor, mientras el coro un himno canta.  
Los ágapes suceden fraternales,  
En que pobres y ricos son iguales.

LVII.

A Cimódoce entonces se declara  
Que es tiempo de que jure su promesa.  
Mas ¿quién podrá decir donde se hallara  
El esposo? ¿Porqué tan poca priesa  
Se da pará buscar la esposa cara?  
¿Dónde puede ocultarse? ¡O sorpresa!  
Ved que se abren las puértas de repente,  
Y la voz se hace oír de un penitente:

LVIII.

“Contra Dios y los hombres he pecado;  
“Por mi conducta en Roma he merecido  
“Del gremio de la Iglesia ser lanzado;  
“En las Galias despues he pervertido  
“La inocencia, y la muerte la he causado;  
“Mi santa Religion puse en olvido;  
“Ignorancia mi error no me disculpa,  
“Plegue al cielo apiadarse de mi culpa.”

LIX.

Esta voz es de Eudoro: el descendiente  
De Polibio, cubierto de cilicio,  
Hace su confesion públicamente.  
El Prelado ofreciera el sacrificio  
En favor del humilde penitente;  
Mas asistir no puede al sacrificio,  
Que un Ostiario la entrada le rehusa.  
Su voz oyó la Homérida confusa.

LX.

Otra vez va al altar Cimodocea,  
Y ante el sacro Pastor su fé pronuncia;  
Un ministro atraviesa la asamblea,  
Y á Eudoro en el vestibulo la anuncia;  
Mutua promesa entre ambos se cangea;  
El Pontífice al pueblo la denuncia,  
Lleno su corazon de gozo santo.  
El coro virginal entona el canto:

LXI.

“Como el lirio florece entre la espina,  
“Tal es entre las Vírgenes mi amada.  
“¡Qué hermosa eres, mi amiga, y que divina!  
“Tu boca es parecida á una granada;  
“A la palma que crece en la colina,  
“Tu rubia cabellera es comparada.  
“La esposa como el alba se adelanta,  
“Y cual humo de incienso se levanta.”

LXII.

“O hijas de Salen! yo os conjuro,  
“Cercadme de manzanas y de flores,  
“Porque mi alma fallecé de amor puro (8),  
“El aura meridiana sus olores  
“Blandos y suaves vierta en torno al muro  
“Dó se alberga la que hace mis amores.  
“Abreme tus postigos, que el destello  
“De la noche ha mojado mi cabello,

LXIII.

“La mirra y alóe cubran tu lecho:  
“Mi alma, amada mia, habeis herido;  
“De amor mi corazón está deshecho,  
“Mi seno sostened desfallecido;  
“Ponedme como sello en vuestro pecho;  
“Reciba algun vigor con el latido  
“De vuestro corazón,.... ah! que es mas fuerte  
“El amor y mas duro que la muerte!”

LXIV.

El himno epitalámico ha acabado  
El coro virginal, cuando de afuera  
Otra voz y concierto fué escuchado,  
De parientes y amigos reuniera  
Una tropa Demódoco, y llegado  
A las puertas del templo, á su manera  
Hacia celebrar el gentil coró  
El enlace de su hija con Eudoro,

LXV.

“De la noche brilló la clara estrella;  
“Las mesas del festin dejad, mancebos.  
“Ya la Virgen parece pura y bella:  
“Cantemos del Himén cánticos nuevos.  
“Llevad, hijo de Urania, (9) la doncella  
“Al tálamo nupcial; años longevos  
“Tu auri-comada antorcha resplandezca,  
“Y el amor en su seno se adormezca,

LXVI.

“La jóven se adelanta rubicunda;  
“El pudor, ved, sus pasos aligera.  
“Camina, esposa bella, vírgen munda,  
“De un esposo el amor tierno te espera,  
“De un venturoso Himén prole fecunda.  
“La esperanza renace lisonjera  
“Que colma de Demódoco el deseo:  
“Cantad á Himén, cantemos á Himeneo.”

LXVII.

Así uno y otro culto celebraba  
Al venturoso par que no sabia  
La fiera tempestad que amenazaba,  
Apenas cesó el canto de alegría,  
Cuando se sintió el ruido que causaba  
Una tropa que al templo fiel venia;  
El asilo de paz bien pronto llena,  
Y un confuso tumulto en él resuena,

LXVIII.

La turba poseida del espanto  
Se atropella buscando la salida.  
De niños y mugeres se oye el llanto;  
Todo es gritos, lamentos, todo es huida.  
Ante el altar es preso el Pastor santo.  
En medio de la turba confundida  
Descubre el Centurion la esposa pura,  
Y sobre ella va á echar su mano impura.

LXIX.

Mas Eudoro, de tímido cordero  
Convertido en leon, sobre él se lanza;  
Le arranca y hace piezas el acero;  
Su esposa entre sus brazos afianza,  
Y por medio el tropel corta ligero  
A poner en seguro su esperanza.  
El Centurio á la tropa airado grita,  
Y en su persecucion se precipita.

LXX.

Eudoro caminando apresurado  
La tumba de Leónidas tocaba,  
Cuando advierte al satélite malvado.  
Sintiendo que la fuerza se le acaba,  
Lleva su esposa al túmulo sagrado  
Donde un trofeo de armas se elevaba,  
Y desprendiendo de ellas una lanza,  
A recibir la tropa se avalanza.

LXXI.

Esta llega: el soldado se detiene,  
Y á la luz de las hachas ondulante  
Piensa ver á Leónidas que tiene  
Su lanza en una mano fulgurante,  
Y con la otra en su tumba se sostiene.  
No apareció aquel héroe tan pujante  
La noche que en la tienda entró del Persa,  
Y el campo de los Bárbaros dispersa.

LXXII.

Nuevo asombro: á su gefe los soldados  
Reconocen. “Romanos! grita Eudoro,  
“Si á robarme la esposa sois llegados,  
“Mi vida llevareis, no mi tesoro.  
“Al combate otra vez por mi guiados,  
“¿Mancharéis vuestro honor con tal desdoro?”  
A esta voz quedan todos confundidos,  
De respeto y temor sobrecogidos.

LXXIII.

Cuando una tropa rústica ha entrado  
A segar en un campo de miés nueva,  
La espiga débil cae á todo lado  
Al golpe de la hoz que todo lleva  
Sin resistencia alguna; mas llegado  
Al pié de un roble que en la miés se eleva,  
El segador admira el tronco estable,  
Solo al rayo ó la cuña vulnerable.

LXXIV.

Así, disperso el tímido cristiano,  
Ante Eudoro el soldado se detiene.  
El Centurio avanzar ordena en vano,  
Pegados en el suelo sus piés tiene  
Un oculto temor que con su mano  
Le infunde Dios. Del hijo de Lastene  
Al ángel protetor manda del cielo  
Que junto á él de su gloria corra el velo,

LXXV.

El trueno se oye: ved que en el instante  
El ángel á su lado se aparece  
En forma de un guerrero centellante  
Cuya armadura en llamas resplandece.  
El soldado á su aspecto fulminante  
Se espanta, se confunde, se estremece,  
Y en medio del relámpago y del fuego  
Arrojando sus armas huye luego.

LXXVI.

Eudoro de este instante se aprovecha  
Para en salvo poner su cara esposa,  
Y en los brazos segunda vez la estrecha,  
Ella cruza los suyos temerosa.  
Así la vela en tempestad deshecha  
Al mástil se replega, y la frodosa  
Cepa craza sus vástagos recientes  
Con las ramas del olmo consistentes,

LXXVII.

Para dar á su amante pronto asilo,  
Eudoro entre las sombras marcha á priesa,  
Y llega á la morada de Cirilo.  
Al monstruo infernal Hiérocles en presa  
La asamblea turbó del fiel tranquilo  
Para impedir de aquellos la promesa:  
La tropa llegó tarde, y la inocente  
Doncella salvó Eudoro felizmente

LXXVIII.

De Constancio entonces tuvo aviso  
Por nuncio que de Roma le mandára,  
Sobre el nuevo peligro y compromiso  
En que el Pretor astuto al fiel lanzára  
Con su carta falaz; mas que indeciso  
Diocleciano hasta allí solo ordenára  
Dispersar las secretas reuniones  
Y poner los ministros en prisiones.

LXXIX.

“Caro amigo, la carta concluía,  
“Ven á mi lado, ven: ¡cuánto deseo  
“Gozar de tu apacible compañía!  
“Tus luces me hacen falta. Doroteo  
“Te dirá bien de cosas que no fia  
“La prudencia á la pluma. En el Pireo  
“Le puedes encontrar: de allí camina  
“A prevenir mi madre en Palestina.”

LXXX.

**D**oroteo en efecto habia llegado  
 Al **p**uerto de Falero. Eudoro toma  
 Luego el medio más propio y acertado.  
 No **p**udiendo llevar su amante á Roma,  
 Con **e**lla solamente desposado,  
 Ni **d**ejar esta tímida paloma  
 A **m**erced de Hierócles, al abrigo  
 De **E**lena quiere enviarla con su amigo.

LXXXI.

**D**e una y otra familia fué aprobada  
 Resolucion tan sábia y tan prudente,  
**Q**ue á todos pareció como inspirada.  
 Para no perder tiempo, al dia siguiente  
 La **m**archa para Atenas fué fijada,  
 Cada uno por camino diferente;  
**M**as antes de dejar Eudoro á Esparta,  
 A **C**irilo escribir quiso una carta.

LXXXII.

**D**el fondo de la cárcel les envia  
 Su sacra bendicion el Mártir santo.  
**¡O** jóvenes esposos! la alegría  
 Esperais en la tierra, mientras tanto  
**Q**ue en los celestes pórticos se oia  
 De Virgenes y Mártires el canto,  
 Una union celebrando mas durable,  
 Un gozo y una gloria interminable.

NOTAS.

Octava II.

Que la vida á Aristómenes costára.

(1) En la primera guerra de Mesenia prometió el oráculo la victoria á los Mesenios con tal que sacrificasen una doncella de la descendencia de Epito. Entre las muchas que habia, tocó la suerte á la hija de Licisco, quien prefiriendo su hija á su patria, la llevó fugitiva á Esparta. Aristódemo ofreció la suya, pero el novio que la quiso salvar, alegó derechos antematrimoniales, los que el vientre de la novia daría á conocer. El padre se lo abrió con un cuchillo, y la mostró digna de dar la victoria á los Mesenios.

Octava X.

Como previno el corazon de Lida

(2) Dominus aperuit cor Lydæ intendere iis quæ dicebantur á Paulo. (Act.)

Octava XXXIV.

Y de Oyente pasára á Postulante.

(3) En los primeros siglos de la Iglesia cuando algun gentil adulto queria recibir el bautismo, era necesari-